

XVI.

SAMUEL.

Hebreos, aquí teneis á vuestro rey. Sobre su cabeza brilla la corona cuajada de pedrería; sobre su frente el óleo sacratisimo henchido de bendiciones. Su túnica es de seda de Oriente; su manto es de púrpura de Occidente. Parecen sus sandalias la luna nueva; y parece su pecho, cuajado de oro, el sol en el mediodia. Ricos brazaletes se han asido á sus muñecas, y collares de perlas á su garganta. Ahí lo teneis. En estatura os gana á todos, y á todos en fuerza, y á todos en belleza.

EL PUEBLO.

Rey, rey de Israel, tu pueblo te aclama y te bendice.

SAUL.

Yo no merecia ser vuestro rey; pero el óleo sagrado, puesto por el profeta sobre mi frente, háme dado la autoridad monárquica. Yo la guardaré intacta.

EL PUEBLO.

Viva, viva el rey.

SAUL.

Una voz misteriosa que creo oir en los aires me mueve á dirigiros algunas preguntas.

EL PUEBLO.

Habla.

SAUL.

¿Estais resueltos á ser mis vasallos?

EL PUEBLO.

Resueltos. Ni los anatemas del profeta, ni los

castigos de Jehová nos han podido torcer de nuestra decision.

SAUL.

Vuestra sangre es mia.

EL PUEBLO.

Tuya.

SAUL.

Mia es vuestra libertad.

EL PUEBLO.

Tuya.

SAUL.

¿Cuando os llame á la guerra?...

EL PUEBLO.

Iremos á la guerra.

SAUL.

¿Cuando al sacrificio os llame?...

EL PUEBLO.

No's sacrificaremos.

SAUL.

¿Cuando necesite vuestros hijos?...

EL PUEBLO.

Podrás mandarles á morir en las batallas.

SAUL.

¿Y cuando necesite de vuestras hijas?

EL PUEBLO.

Podrás venderlas en el mercado.

SAUL.

Yo he menester oro.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

EL PUEBLO.

Seremos tributarios.

SAUL.

Yo he menester soldados.

EL PUEBLO.

Seremos tu guardia.

SAUL.

Yo he menester artesanos.

EL PUEBLO.

Seremos tus eunucos.

SAUL.

Yo no me contento con la autoridad de rey; yo quiero ser tambien sacerdote.

ORIEL (*al oido de Samuel*).

¿Oiste?

SAMUEL.

Oí.

ORIEL.

¿Qué dices?

SAMUEL.

Estoy sumergido en estático asombro.

ORIEL.

Un rey concluye por ser pontífice, general, nacion, pueblo, principio y fin de todas las cosas.

SAMUEL.

¡Oh asombro!

ORIEL.

Pues mira, todavía me parece modesto.

SAUL.

¿De veras?

ORIEL.

Si, porque en presencia de un pueblo tan aparejado para la servidumbre, debió decirles: «sabed, ganado mio, que he decidido ser Dios.»

XVII.

SAUL.

Oidme, hijos de Israel, oid á vuestro rey. Dios me ha designado por vuestro jefe y á Dios debeis oir en mi palabra. Como soy el único que lleva aquí armas, soy tambien el único que debe llevar espada.

EL PUEBLO.

Señor, vienen por esos montes, bajando sobre estos valles, como un torrente, los enemigos de tu nombre y de nuestro nombre, los enemigos de tu Dios y de nuestro Dios. Nosotros creíamos que debian convertirse en acerados instrumentos de guerra hasta los instrumentos de labranza. Nosotros creíamos que cada piedra debia ser una fortaleza y cada arado una arma. Nosotros creíamos

que todos los israelitas debian ser soldados armados.

SAUL (*meneando tristemente la cabeza*).

Conviene al bien, á la salud de vuestro rey; conviene al bien y á la salud de vuestra monarquía que sólo yo tenga espada.

EL PUEBLO (*asombrado*).

¿Sólo tú? ¿Ningun otro israelita?

SAUL.

No me importuneis con vuestras preguntas. ¿Debo yo mandar en vosotros, ó debeis vosotros mandar en mí? ¿Soy vuestro rey, ó soy vuestro vasallo? He hablado, y mi palabra es inalterable.

EL PUEBLO.

¿Pero ningun israelita tendrá espada como tú, ninguno?

SAUL.

Sólo uno.

EL PUEBLO.

¿Uno? ¿Cuál?

SAUL.

Mi heredero, mi hijo. En las monarquías es necesario asegurar mucho dos cosas, las más necesarias, las más interesantes: la persona del monarca y la persona de su heredero.

XVIII.

SAMUEL.

Saul , sacerdote soy de Dios; profeta soy que vé los hechos futuros. Rey , no entrarás en ninguna batalla sin ofrecer á Dios sacrificios; y no ofrecerás sacrificios sino por mi mano y oyendo la palabra de mis lábios. No llesves al sacrificio sino los animales que yo diga. No los degüelles sino con el ritual que yo te enseñe. No pronuncies oracion sino la que recojas de mis lábios, porque yo soy el sacerdote y el profeta de Dios, instituido por Dios sobre los pueblos y sobre los reyes.

XIX.

SAUL (*solo*).

Él me ungió. El aceite, que hace de los mortales reyes , cayó de sus manos sobre mi frente, que resplandece con una autoridad sobrenatural y divina. Pero yo debo ser , no sólo rey , sino tambien sacerdote. Los reyes de Oriente, que han servido de modelo á nuestro pueblo para pedir rey, no son sólomente reyes, sino tambien pontifices. ¿De qué me serviría reinar? Podría dirigirme al pueblo, pero no podría dirigirme á Dios. Entre el cielo y la tierra, entre mi persona y Dios, se interpondría una sombra , se interpondría un sacerdote. Mis vasallos levantarían los ojos y verían algo más grande que yo, algo más alto que su rey; medirían el trono y no lo encontrarían de las mismas dimensiones que el

altar. Es necesario que yo, además de rey, sea sacerdote. Es necesario que mi hogar, además de palacio, sea templo. Es necesario que mi pueblo me vea entre el humo del incienso, resplandeciente de misteriosa luz, loado por los sacerdotes, bendecido por las tribus, como el vice-Dios del Universo, como el ministro único del Eterno. Los pueblos no saben obedecer si no saben adorar á los reyes. ¡Ah de mis esclavos!

ORIEL.

¡Señor!

SAUL.

Siervo predilecto mio, avisa que me traigan cabritos, bueyes, para un gran sacrificio.

ORIEL.

¿Aviso al gran sacerdote?

SAUL.

Calla, siervo, calla. ¿Quién te ha dictado esas palabras?

ORIEL.

La costumbre de verlos siempre interviniendo en los sacrificios.

SAUL.

Pero ahora yo, sólomente yo quiero intervenir en los sacrificios.

ORIEL.

Cúmplase tu voluntad soberana.

SAUL.

Justo. Al siervo le toca obedecer y callar.

SAUL.

Quiero acercarme al Tabernáculo, al templo nómada del Dios de los desiertos, revelado á Moisés, y quiero compartir con el sumo sacerdote el derecho de entrar en su seno, y pronunciar allí el nombre inefable del Eterno. Belasel, Oholial, cuando dirigáis á los trabajadores de Dan y de

Judá en la construcción del santuario, ¿hubierais creído que Israel tuviera reyes como los egipcios; que Israel exigiera también Faraones á su frente? Pues yo soy rey. Yo debo tocar con mis manos el ara de cedro chapeada de bronce. Yo debo lavar mis piés allí donde los sacerdotes se lavan. Yo debo apilar las víctimas y prenderles fuego y ver cómo se confunden mis suspiros con su sacratísimo humo. Yo, al reflejo del candelabro, quiero presentar á Dios en ofrenda los panes ázimos, y quemar sobre las planchas de oro las esencias aceptables á Dios. Voy á comenzar el sacrificio.

SAMUEL (*entra en el momento en que Saul comienza el sacrificio*).

¿Qué haces? ¿Vas á profanar con tus manos el santuario? ¿Eres tú por ventura hijo de la tribu de Benjamin, eres tú hijo de la tribu de Levi, que engendró al sumo Aaron? ¡Acercarte al santuario! Léjos, léjos de él, profano.

SAUL.

Yo soy el rey.

SAMUEL.

¿Y porque eres el rey te has creído un Dios? ¡Ah, Saul! Yo te ungi para que dirigieses el pueblo, no para que lo tiranizaras. Yo te ungi para que fueras su guía, no para que fueras su opresor. Pero tu ambición es como el mar henchido por el viento, que crece, y crece, y quiere tocar al cielo, aunque haya de caer aplastado bajo su propia pesadumbre, herido y azotado por el látigo de los vientos. Saul, Saul, teme la cólera de Dios. En un minuto puede consumir como aristas secas el fuego las montañas del Libano, del Carmelo, ¿y no había de consumir tus locas ambiciones?

SAUL.

Sacerdote, ¿qué me diste al darme la dignidad real? Si te reservaste el santuario, ¿no te reservaste en él completamente la dirección suprema del pueblo? ¿Quisiste levantar un rey para que ese rey fuera tu esclavo?

SAMUEL.

Tienes el gobierno, distribuyes el derecho, di-

riges al pueblo , mandas al ejército , ¿qué más quieres?

SAUL.

Quiero ser un rey como los reyes de Oriente.

SAMUEL.

Veo una nube tempestuosa. Y de esta nube formada por hiel, nube de colores, descienden siniestramente, caballeros en rápidos relámpagos, ángeles esterminadores. Las estrellas se apagan, las fuentes se secan, las selvas arden, las fieras salen de sus madrigueras, y el pueblo de Israel, como bandadas de tímidas aves, sorprendidas por el rayo, corre á los cuatro puntos del horizonte, sin hallar más refugio que las cadenas de la esclavitud á las tristes orillas de extranjero rio. Y de todas estas desgracias serán responsables ante Dios y su tribu los insensatos que levantaron un monarca al frente de Israel.

SAUL.

¿Qué dices, profeta?

SAMUEL.

Digo lo futuro, oh rey.

XX.

SAUL.

No en vano el pueblo me ha nombrado rey. Sus enemigos huyen dispersos á mi presencia. La espada de Saul los barre como el viento á las nubes. Jonathás, mi hijo, los ha sepultado en Gabá. Los cautivos israelitas, que los filisteos tenían, acaban de convertir las cadenas en espadas, y de acudir á mi ejército en contra de sus tiranos. Hasta Bethaven he perseguido á los filisteos, poniéndoles en los riñones la punta de mi espada, que evitaban despavoridos, como mujeres. En su turbacion lucharon unos con otros, hirieron unos á otros, como los madianitas. Pueblo de Israel, no en vano has puesto la autoridad en mi familia, la espada en mis manos, el óleo sacratísimo en mi frente.

riges al pueblo , mandas al ejército , ¿qué más quieres?

SAUL.

Quiero ser un rey como los reyes de Oriente.

SAMUEL.

Veo una nube tempestuosa. Y de esta nube formada por hiel, nube de colores, descienden siniestramente, caballeros en rápidos relámpagos, ángeles esterminadores. Las estrellas se apagan, las fuentes se secan, las selvas arden, las fieras salen de sus madrigueras, y el pueblo de Israel, como bandadas de tímidas aves, sorprendidas por el rayo, corre á los cuatro puntos del horizonte, sin hallar más refugio que las cadenas de la esclavitud á las tristes orillas de extranjero rio. Y de todas estas desgracias serán responsables ante Dios y su tribu los insensatos que levantaron un monarca al frente de Israel.

SAUL.

¿Qué dices, profeta?

SAMUEL.

Digo lo futuro, oh rey.

XX.

SAUL.

No en vano el pueblo me ha nombrado rey. Sus enemigos huyen dispersos á mi presencia. La espada de Saul los barre como el viento á las nubes. Jonathás, mi hijo, los ha sepultado en Gabá. Los cautivos israelitas, que los filisteos tenían, acaban de convertir las cadenas en espadas, y de acudir á mi ejército en contra de sus tiranos. Hasta Bethaven he perseguido á los filisteos, poniéndoles en los riñones la punta de mi espada, que evitaban despavoridos, como mujeres. En su turbacion lucharon unos con otros, hirieron unos á otros, como los madianitas. Pueblo de Israel, no en vano has puesto la autoridad en mi familia, la espada en mis manos, el óleo sacratísimo en mi frente.

SAMUEL.

Rey, no te gloríes, que tu conciencia y Dios te escuchan. El Profeta viene á decirte que has desoído la voz divina y desacatado sus mandamientos. Desde los tiempos de Moisés el enemigo más terrible de Israel era el pueblo amalecita. Dios te habia señalado para sojuzgarlo. Y tú, despues de haberlo vencido con el auxilio divino, has dejado escapar los prisioneros y has perdonado á su protervo rey.

SAUL.

Samuel, ¿no es el perdonar propio de los reyes?

SAMUEL.

Calla. Has perdonado á los enemigos más implacables de Israel por dinero para tus artesanos y para tus meretrices.

SAUL.

Samúel, sin duda olvidas que hablas con el rey.

SAMUEL.

Sí, con el rey que en nombre de Dios maldigo, con el rey que entrego á todas las furias del remordimiento, con el rey que declaro tirano, con el rey que vivirá vida horrible y morirá muerte deshonrosa.

XXI.

SAUL.

Horrible tristeza me posee. Paréceme el cielo un sombrío abismo que pesa sobre mi cabeza. Paréceme la tierra un cadalso. Las estrellas han perdido á mis ojos su luz y me persiguen como la retina de un enemigo. Los bosques, á cuyo seno pacífico he ido en pos de la calma, se animan como legiones furiosas para asestarme dardos de un dolor indecible. La corona me abrumba. El óleo me quema la frente como si fuera voraz fuego. El manto real es de plomo. Un odio contra todos los hombres, una ira contra el cielo mismo han hecho del mancebo tranquilo y hermoso de Benjamin, del jóven adorado por los pastores y sonreído por las vírgenes, un sér odiosísimo á sí mismo. Sólo el arpa de David me serena, y en mis aficciones me consuela. Ven, jóven pastor,

hijo de Judá, poeta de los campos y de los cielos, alma de alondra, cuyo cántico matinal cantas en las melodías de tu dorada arpa, ven á calmar la furia de un rey que en su desenfrenado odio abrasaría todo el Universo.

DAVID.

Yo soy nieto de la tierna Buth que espigaba en el campo de Booz. Pastor, me he vestido del vellon de mis corderos, y me he alimentado de la leche de mis ovejas. Mientras mis manos trenzaban las sogas para las ondas, mis ojos se perdían extáticos en la inmensidad de los cielos y mis labios entonaban cánticos, acompañados por los torrentes de las montañas, y oídos por las palomas de los valles. Algunas veces en esta vida tranquila era interrumpido por el lobo que atacaba mis ovejas ó por el leon que me atacaba á mi. Pero puesto en Dios el corazon, luchaba y vencía. Yo tenía mis vestiduras en sangre de fieras, y las fieras no se llevaban ni un cabello de mi cabeza entre sus garras. Y despues de la lucha me dormía fatigado, y al despertar me entregaba á mis cánticos. Uno de los tuyos me oyó y me reclamó para tu corte. Mi padre, que no quería negar nada al

rey, me envió tras un asno, sobre cuyos lomos puso grandes panes y tortas, cueros henchidos de vino y un cabritillo, todo para tí. Y de tu corte pasé á tu campamento para entregar á mis hermanos un efi de cebada tostada y diez grandes panes. Y el hombre de Jeth, el filisteo más fuerte, más alto de su raza, nos desafió á todos los hebreos. Yo, que habia combatido con el oso y con el leon, yo no temí al gigante. Acepté su reto y te pedí tu vènia. Pusíste me tú en la frente almete de acero, en el pecho coraza de hierro, en la una mano protector escudo, y en la otra espada tajante. Pero el pobre pastor no sabia llevar aquellos arreos, y se quedaba abrumado bajo su inmensa pesadumbre. Y me desligué de los riñones una onda, y cogí del arroyo una piedra, y me encomendé á Jehová. Y la onda vibró como el pino agitado por el viento. Y la piedra salió como el rayo despedido por la nube. Y el gigante rodó á mis plantas. Bendito sea Jehová, que tuyas son las victorias sobre Goliath como tuyas fueron las victorias sobre Faraon. Aquel que viva segun las leyes de Jehová, será como árbol plantado á orillas del arroyo, que dá fruto á su tiempo y nunca pierde las hojas.

EL PUEBLO.

Bendito sea David. Saul mató mil filisteos; pero David mató á diez mil.

Oriel (*acercándose al oido de David*).

Esa es tu sentencia de muerte. Huye.

EL PUEBLO.

El reino pertenece á Saul; pero la gloria del reino pertenece á David.

SAUL.

¿Qué oigo? ¿Quién es aquí el rey, quièn? Pueblo insensato, ayer me adorabas y hoy me denuestras. Ya probarás mi cólera.

Oriel (*á David*).

Huye.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO